

ser destruido. Sin embargo, dóciles á la palabra de Cristo, que la verdadera Iglesia les ha transmitido, su fe en ese misterio es siempre tierna y afectuosa, constante, é invariable.

Como, por el hecho de su incredulidad, los herejes no hacen más que repetir sin cesar contra Jesucristo las blasfemias de los discípulos apóstatas de Cafarnaum, con el mismo orgullo, insolencia y despecho, así también nosotros los católicos repetimos en presencia del Señor la protesta fervorosa de los Apóstoles fieles. Sí, con la misma humildad, la misma confianza, con el mismo amor le decimos también en la serie de los siglos: que en materia de Religión entendemos renunciar á toda enseñanza que no sea la suya, ó que sea opuesta á ella: *Domine, ad quem ibimus?*: que en nuestra docilidad en escuchar su palabra, en nuestra fidelidad en cumplirla, ciframos toda nuestra esperanza de la vida eterna: *Verba vite æternæ habes*: que en su sacramento sobre la tierra, como en el cielo en su gloria, le reconocemos y le creemos siempre el Hijo de Dios y el Redentor del mundo: *Et nos credimus et cognovimus quia tu es Christus Filius Dei*. Aun más: mientras que el judío blasfema contra la Eucaristía, el hereje la rechaza y el impío la desprecia, afligidos, pero no desalentados, apenados, pero no escandalizados á vista de una oposición tan ciega y tan obstinada, honramos la Eucaristía, la adoramos y la amamos tanto más, cuanto la vemos más combatida y menospreciada. Por manera que, signo de contradicción y de injusticia por parte de los enemigos de la Iglesia, ese misterio es para nosotros un objeto de adoración y de amor; para ellos, piedra de escándalo y de ruina; para nosotros, el camino que conduce á la resurrección y la vida: *Positus est in ruinam et resurrectionem multorum*. ¡Oh pensamiento consolador para nosotros!... ¡Sólo nosotros imitamos á los Apóstoles fieles á Jesucristo!...

Nosotros tenemos su fe, su esperanza, su generoso afecto, su espíritu... Nosotros solos hablamos su lenguaje, conservamos sus sentimientos, cumplimos sus obras; y si somos los únicos cristianos verdaderamente apostólicos, nosotros solos somos también los verdaderos cristianos.

Ya hemos visto que Judas fué el primero en negarse á creer la revelación y la promesa de la Eucaristía, la que le mereció del Hijo de Dios la horrible calificación de demonio con forma humana: *Unus ex vobis diabolus est*. ¡Oh espantoso misterio!... ¡El primero en negar la presencia de Jesús en su sacramento, fué Judas, que le vendió!... El primero en alzarse orgullosamente contra la verdad de la Eucaristía, fué el primero que la profanó. El primer cismático, el primer hereje, el primer apóstata de la Iglesia, fué el que por dinero entregó al Fundador de la Iglesia á sus enemigos. Ved ahí, pues, desgraciados cristianos que negáis tan grande misterio; ved ahí, os dice un doctor célebre, ved ahí á vuestro ilustre antepasado, vuestro maestro, vuestro padre, Judas!... Vosotros seguís sus huellas, y estáis animados de su mismo espíritu: su sangre circula por vuestras venas, puesto que tenéis su incredulidad en vuestro corazón. En cuanto á nosotros los católicos, la sangre que circula por nuestras venas es la de los Apóstoles, los mártires, los doctores y de todos los Santos de la Iglesia, puesto que guardamos viva en nuestros corazones su fe en la más grande institución de Cristo (1). Y pues que el Hijo de Dios llamó á Judas *demonio*, yo, aunque á mi pesar, porque no me es posible guardar silencio, diré: Vosotros tenéis al demonio por fundador y por jefe. Prosiguiendo en *protestar*

(6) Sicut catholici institutionem undecim Apostolorum et omnium Patrum sequuntur, ita hæretici qui contra Eucharistiam sentiunt, sequuntur Judam proditorem qui primus auctor ostendi potest hujus erroris. (Bayerlinus magn. Theat., Vit. Num. A. Euchar.)

contra ese dogma católico, descendéis por Calvino y por Lutero, en línea recta, de Judas y del demonio. Hé ahí vuestros títulos de nobleza... Gloriaos, pues, si tenéis valor para ello, de esa genealogía, de esa descendencia.

Por la razón opuesta, vuelvo á repetirlo, pues que nosotros los católicos conservamos la fe de la Eucaristía que Pedro y los Apóstoles fueron los primeros en aceptar y confesar, nosotros solos descendemos de Pedro y de los Apóstoles; nosotros solos somos sus verdaderos discípulos, sus hijos legítimos, sus herederos directos, su familia, su pueblo, los verdaderos israelitas. Y puesto que el verdadero Jacob, Jესucristo, ha prometido permanecer siempre hasta el fin del mundo en el seno de esta familia, *Ecce ego vobiscum sum*, no está más que con nosotros, ni más que en medio de nosotros. Nosotros solos formamos su sociedad, su pueblo, su Iglesia, y sólo en ella se tributa un culto verdadero á la divina Eucaristía, por la fe y por las obras. Nosotros solos tenemos la seguridad de encontrar en ella la resurrección y la vida. Al contrario, los verdaderos herejes, por la negación de ese Sacramento, se han separado voluntariamente de esa Iglesia, y corren en pos de su ruina y de su muerte: *Positus in ruinam et resurrectionem, signum cui contradicetur*.

Acordémonos además de que en esa memorable circunstancia el Divino Salvador habló así: «Nadie viene á mí por la fe de este misterio, si mi Padre no le conduce; solamente aquellos tienen la verdadera fe, que la han recibido y aprendido de ese Divino Padre. Mis verdaderos discípulos, como lo han predicho los Profetas, son los que se muestran dóciles á la enseñanza de Dios.» ¡Palabras sublimes!... ¡Palabras dulces á la par que terribles!... El Hijo de Dios nos ha revelado el misterio de la incredulidad del hereje que combate el dogma de la Eucaristía, y el misterio de la fe del católico que le

acepta y hace de él sus delicias y su felicidad. Sólo la enseñanza de Dios, la eficacia de su gracia y la fuerza de su palabra, puede decidir á la razón á plegar sus alas ante un dogma tan incomprensible para ella. Sólo con el auxilio de Dios se cree en él, como sólo se opera por la omnipotencia de Dios: y después del prodigio de Dios que le opera, no hay prodigio más grande que el del hombre que cree en él.

Luégo por lo mismo que vosotros, desgraciados juguetes y víctimas de la herejía, habéis reemplazado el Evangelio de Cristo con la doctrina de Calvino en punto á la Eucaristía, y no creéis en ella, es evidente que no tenéis la gracia de la fe que es el don del Padre celestial, y que no sois enseñados ni iluminados por él. Vuestra oposición á ese misterio no prueba más que una cosa, y es que habéis comenzado por presumir de vosotros mismos, en vez de comenzar por humillaros; que os habéis atrevido á someter al juicio de vuestra razón particular la revelación de Dios, en vez de sujetar á la revelación de Dios el juicio de vuestra razón particular; y por consiguiente no sois del número de esos hombres fieles que los Profetas han llamado los alumnos dóciles de Dios: *Dócbiles Dei*: ¡Ved, pues, cuál es vuestra ceguedad y vuestra desgracia!... Creéis hallaros en mejor estado que nosotros de decidir bien lo que es necesario admitir tocante á las revelaciones divinas, y reducidos á vosotros mismos, os véis reducidos á la triste necesidad de extraviaros. Las dificultades que oponéis al misterio de la Eucaristía os parecen pensamientos sólidos, y no son más que blasfemias diabólicas y extravagancias enormes. Atribuíis á la luz de la razón vuestra resistencia á la palabra de la Iglesia, y vuestra resistencia sólo es debida á la carencia de la luz divina. Censuráis á los católicos el adorar el pan, y os adoráis vosotros mismos. Os creéis iluminados, y no hacéis más que marchar á tientas por entre las más densas tinie-

blas; creéis raciocinar, y no hacéis más que delirar. Y pues que esa ceguedad en que Dios os deja, esas tinieblas á que Dios os abandona, son el castigo visible de vuestra presunción, en vez de enorgulleceros y de no creer en el misterio de la gracia y del amor, deberíais estar humillados, llorar y temblar: *Nolite murmurare ad invicem.*

Mas nosotros los católicos, que tenemos esa fe de que os halláis privados, creemos ese misterio sin esfuerzo, sin repugnancia, con una convicción profunda de nuestro espíritu, una completa adhesión de nuestro corazón, y por lo mismo demostramos que esa fe tan plena, tan profunda, tan fácil, tan tranquila, tan segura de sí misma, tan tierna y tan afectuosa, no es obra de la evidencia de la razón, de la luz del juicio particular, de las alucinaciones del fanatismo y del imperio de las preocupaciones humanas: *Quia caro et sanguis non revelavit tibi. (San Mateo, xvii.)* Es efecto de la enseñanza, de la inspiración, de la luz del Padre celestial, que, como nos ha revelado ese misterio, nos comunica su espíritu y nos concede su gracia para creer en él: *Pater meus qui in cælis est. (Ibid.)* Es, pues, cierto que nosotros somos esos alumnos ó escolares afortunados, cuya felicidad y cuyas glorias han predicho y cantado los profetas, esos discípulos privilegiados que tienen á Dios por maestro: *Est scriptum in Prophetis: et erunt omnes docibiles Dei.* Es cierto que el Dios Padre coloca en nosotros su cátedra doctrinal, y que Él es el que cautiva nuestro entendimiento, domina nuestra razón é inclina suavemente nuestra voluntad. Él es el que aparta la duda, hace desaparecer toda objeción, y nos da la inteligencia práctica del misterio; por manera, que lleno nuestro espíritu de una claridad inefable, no ve en él más que una profunda pero deliciosa verdad: *Omnis qui audivit à Patre et didicit.* Es cierto que ese Padre celestial nos ha dado los

ojos del espíritu para ver, el oído dócil del corazón para oír y la lengua pronta de la fe para confesar tan grande misterio, y que Él es el que mantiene siempre en nosotros esos órganos, esos sentidos, recibidos también por el hereje en el bautismo, pero de los cuales se ha privado voluntariamente; de suerte que no se halla ya en estado de ver, oír, ni hablar según la verdad. En una palabra, es cierto que instruidos, atraídos, y conducidos por la mano de Dios Padre, creemos en el Hijo, llegamos hasta sus piés, y permanecemos en su santa compañía. *Omnis qui audivit à Patre et didicit, venit ad me.* Qué gloria, pues, qué dicha es para cada uno de nosotros el poder decirse á sí mismo sin hacerse ilusión: Desde que creo en la Eucaristía estoy como bajo el aprendizaje de Dios, pertenezco á su escuela, participo de su luz, experimento el impulso de su espíritu, siento la acción real de su gracia, que me hace querido, atractivo, delicioso, ese dogma inefable, y tengo por una felicidad encontrar en él, adhiriéndome á él, la fuente de la vida, la prenda de la inmortalidad, mientras que para el hereje que le desprecia y le combate, se cambia en una sentencia condenatoria de ceguedad para el tiempo y de reprobación para la eternidad: *Positus in ruinam et resurrectionem multorum, in signum cui contradicetur.*

En fin, acordémonos de que al rechazar la revelación de la Eucaristía, el pérfido permaneció en la apariencia en el séquito del Señor, es decir, que habiendo añadido al crimen de la incredulidad el de la hipocresía, se hizo más culpable que los discípulos que se separaron ostensiblemente de la compañía de Cristo, y que por eso se hizo digno de ser llamado *demonio* por la Sabiduría increada: *Unus ex vobis diabolus est.* Así como los discípulos, que tan lamentablemente produjeron el cisma para con Jesucristo, fueron la figura, los porta-estandarte, los padres de los heresiarcas modernos, del mismo modo

Judas, que permaneció en la sociedad de Jesucristo sin admitir sus doctrinas, y sin participar de su espíritu, fué el tipo y el modelo de tantos católicos que, perteneciendo exteriormente á la Iglesia y profesando con los labios la fe de ella en la Eucaristía, no la tienen ó al menos se conducen como si no la tuviesen en su corazón. ¡Ay!... no sólo son verdaderos incrédulos con relación á ese misterio el judío, el hereje, el impío, que, colocados fuera del gremio de la Iglesia, le rechazan públicamente, sino que también, en la Iglesia misma, lo son el sacerdote, el lego que le profanan recibéndole con una conciencia manchada por el pecado, el joven atolondrado, la mujer vana y frívola, el hombre esclavo del respeto humano, que se atreven á presentarse ante el Dios de la Eucaristía sin doblar la rodilla, sin dirigirle un saludo ni una oración, ni una palabra de pesar, de confianza y de amor, pero que asisten al temible misterio ofrecido á Dios por su salvación con menos atención que á una función dramática de las más insulsas, que no se alimentan más que de ideas terrenales en presencia del Dios de los cielos, que no respiran en todo su exterior más que voluptuosidad en presencia del Dios de toda santidad, y que le ultrajan descaradamente en el mismo lugar y en el tiempo mismo destinados á rendirle homenaje. Sí, esos desgraciados no pueden ser, á nuestros ojos, más que otras tantas personificaciones del Apóstol incrédulo y apóstata. Seguramente, al verlos tan cobardes y abyectos, en presencia de los hombres, permanecer en una actitud tan indiferente, tan poco modesta y tan descarada en presencia de la Sagrada Eucaristía, ¿puede sospecharse que se creen en la presencia de Dios?

Pero ¡desgraciados de ellos!... El hereje es, sin duda alguna, culpable de no creer en ese misterio tan claramente revelado por el Cristo; mas desde el instante que no cree en él, no es culpable de no tributarle el culto que

le es debido. En cuanto á los católicos que, creyendo, ó dejando suponer que creen al Hijo de Dios realmente presente en la Eucaristía, le insultan y le desprecian, ¿no son infinitamente mucho más culpables?... ¿No son verdaderos Judas, verdaderos demonios? *Unus ex vobis diabolus est.* Hélos ahí recibiendo el castigo más pronto y severo de su pecado, en el acto mismo de cométerle: sin que se aperciban de ello, sufren el castigo mayor que puede darse, que consiste en el silencio de la voz de Dios y en la privación de la gracia, y que cuyos tristes resultados son la ceguedad del espíritu, el endurecimiento del corazón, y un fatal abandono; castigo que por ser secreto y oculto, no es sin embargo menos terrible que el que sufrieron los bethsamitas por haber dirigido miradas demasiado curiosas al Arca Santa, figura de este sacramento. Así, ultrajado por esos católicos degenerados de una manera menos excusable y más repugnante que como lo es por los herejes, el Salvador llega á ser para ellos, en el seno mismo del verdadero Israel, de la verdadera Iglesia, una ocasión de ruina y de muerte eterna: *Positus in ruinam multorum in Israel.*

Vosotras, nada semejante tenéis que temer, almas verdaderamente cristianas, que, herederas del espíritu de fe, de respeto y de amor de los once Apóstoles hacia ese misterio divino, le adoráis con humildad, le meditáis con delicia y le buscáis con trasporte. Os acercáis á él con una fe viva, con una conciencia pura, con un deseo fervoroso, con una confianza sincera, con una caridad tierna. Para vosotras, ese augusto misterio no es en la Iglesia más que una prenda de resurrección y de gloria: *Positus in resurrectionem multorum in Israel.* ¡Aprovechaos, pues, de esos hermosos ejemplos vosotros también, cristianos indiferentes!... Reanimad el sentimiento religioso que parece próximo á extinguirse en vosotros. Imitad la sincera piedad de los buenos, su recogimiento y su fervor,

tened fe, veneración y amor al misterio del amor, y será también para vosotros lo que Jesús, al instituirle, quiso que fuese para todos, el bálsamo de las heridas del alma, la esperanza del perdón, el alimento de la fuerza, el manantial del mérito, el tesoro de la gracia, el sello de la perseverancia final, la prenda de la vida eterna: *Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum.*

CONFERENCIA

SOBRE

LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA COMO SACRAMENTO Y SACRIFICIO.

(MANUSCRITO INCOMPLETO.)

Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem seculi. (San Mateo xxviii, 20.)

Y hé ahí que yo estoy con vosotros, todos los días, hasta la consumación de los siglos.

Hacia más de mil años, el Profeta-Rey, Evangelista por anticipación, había trazado á grandes rasgos la historia del Mesías. Había predicho en los términos más claros, que los Reyes de la tierra y las postestades del infierno urdirían una conspiración inicua contra el ungido del Señor, contra el Señor mismo; que se entenderían entre sí, por un corcierto execrable, para darle muerte y para borrar de sobre la haz de la tierra hasta el recuerdo de su nombre; pero que el Dios que habita los cielos sabría desconcertar sus criminales manejos, burlarse de sus autores y cubrirlos de ignominia y de ridículo: *Adstiterunt Reges terræ et principes convenerunt in unum, adversus Dominum et adversus Christum ejus... Qui habitat in caelis irridebit eos, et Dominus subsannabit eos.* (Psalm. 2.)

Y, sin embargo, los impíos, ¿no pusieron en efecto sus